

MISERICORDIA

Misericordia es una novela de **Benito Pérez Galdós** publicada en la primavera de 1897. Su título parece inspirado por el nombre de la popular institución de beneficencia, el Hospital de la Misericordia de Madrid. O tal vez, con más contundencia argumental hace referencia al supuesto atributo divino de la misericordia, encarnado en la piedad de su protagonista, la criada y mendiga Benina. Narra, en medio de un descarnado desfile de pordioseros, tullidos y demás menesterosos de los bajos fondos de la capital de España, las andanzas mendicantes de Benina y el ciego "Almudena".

Ante la gran cantidad de Beninas y Almudenas que encuentra el novelista y dramaturgo **Georges Bernanos** en la Francia del siglo XX, habla de los pobres y afirma que ellos son los que salvarán al mundo y al fin descansarán en el Señor: *“Yo digo que el mundo será salvado por los pobres, y precisamente por esos a los que la sociedad moderna elimina poco a poco sin destruirlos, porque ellos son tan incapaces de adaptarse a ella como ella de asimilárselos, hasta que la ingeniosa paciencia de ellos domeñe, tarde o temprano, la ferocidad de esta sociedad. Digo que los pobres salvarán al mundo, y lo salvarán sin quererlo, contra su voluntad, y sin pedir nada a cambio, por desconocer el precio del servicio que habrán prestado; realizarán este colosal negocio, y, naturalmente, no ganarán en él un céntimo”* (Los niños humillados. p. 248-249). *“Es suficiente haber oído –o haber creído oír– una vez el lamento de un pueblo, un lamento que no se parece al de ningún otro pueblo... No es, por lo demás, un lamento; es un canto, un himno. ¡Oh! Sé muy bien que no es un himno de iglesia, y tampoco puede llamarse una oración. Dentro de él hay de todo, como suele decirse. El gemido del mujik bajo el látigo, los gritos de la mujer apaleada, el hipo del borracho y ese gruñido de alegría salvaje, ese rugido de las entrañas –porque la miseria y la lujuria ¡ay! se buscan y se llaman en las tinieblas como dos fieras hambrientas. Sí, esto debiera horrorizarme, en efecto. Sin embargo, creo que semejante miseria, una miseria que ha olvidado hasta su nombre, que ya no busca, ya no razona, sino, que abandona al azar su rostro huraño, debe despertarse un día sobre el hombro de Jesucristo”* (Diario de un cura rural, p. 65).

El **Papa Francisco**, en su IV Mensaje para la Jornada de los Pobres, en el año 2020, vuelve su mirada a los pobres y escribe: *“Tiende tu mano al pobre”* (cf. Si 7,32). *La antigua sabiduría ha formulado estas palabras como un código sagrado a seguir en la vida. Hoy resuenan con todo su significado para ayudarnos también a nosotros a poner nuestra mirada en lo esencial y a superar las barreras de la indiferencia. Desde las primeras páginas del libro, el Sirácida expone sus consejos sobre muchas situaciones concretas de la vida, y la pobreza es una de ellas. Insiste en el hecho de que en la angustia hay que confiar en Dios: «Endereza tu corazón, mantente firme y no te angusties en tiempo de adversidad. Pégate a él y no te separes, para que al final seas enaltecido. Todo lo que te sobrevenga, acéptalo, y sé paciente en la adversidad y en la humillación. Porque en el fuego se prueba el oro, y los que agradan a Dios en el horno de la humillación. En las enfermedades y en la pobreza pon tu confianza en él. Confía en él y él te ayudará, endereza tus caminos y espera en él. Los que teméis al Señor, aguardad su misericordia y no os desviéis, no sea que caigáis».*

Efectivamente, entre nosotros siguen malviviendo la mendiga Benina y el ciego “Almudena”, y reconocemos que entre ellos corre misteriosamente la virtud de la misericordia. ¿Contemplaremos, asombrados pero con las manos en los bolsillos, tales destellos de la divinidad o pondremos nuestras manos a sembrar misericordia?